

No ser hombre de partido

= De *La Nación*. Buenos Aires. =

Muchas veces he hecho notar que la ignorancia de la historia padecida por el hombre culto de ahora es una de las grandes desdichas que aquejan a nuestro tiempo. Son innumerables los motivos que obligan a pensar así. Entre ellos, he aquí el que nos importa en este momento. La vida tiene siempre un pasado inmediato, que encuentra en sí misma bajo la especie de recuerdo y que no necesita averiguar por medio de la historia. Así hoy encontramos en nosotros como fondo de pretérito sobre el cual emerge nuestra vida el famoso siglo XIX. Ahora bien, ese pasado inmediato, único que tenemos sin un esfuerzo especial, tiende naturalmente a significar para nosotros todo el pasado. Lo que en él hubo y aconteció parecerá lo que ha habido y acontecido siempre. Esto es un error de óptica siempre funesto porque no hay ningún siglo que pueda pretender asumir la representación adecuada de todos los demás. Pero en nuestro caso la ilusión visual es funestísima. Porque unos siglos son más normales que otros, o si se prefiere, menos anormales. Mas el siglo XIX ha ido superlativamente anormal; uno de los grandes siglos críticos en el destino humano, sea dicho en su honor y en su vituperio. En él germinan buena parte de nuestras manías y desmesuramientos. De aquí que necesitemos curar nuestro error visual pidiendo a la historia que nos salve de la falsa normalidad propuesta a nuestros ojos por esa centuria.

Esto parece muy claro en el asunto del «partidismo». Es falso que la existencia de partidos como tales haya sido normal entre los hombres. Más o menos, habrán existido siempre grupos de combatientes, pero esto no quiere decir que fuesen partidos. Tal individuo formula y proclama un deseo latente en otros muchos; éstos se agrupan en torno de aquél y se inicia una lucha con el resto de la sociedad para obtener de ella la satisfacción de aquel deseo. La lucha lleva a la victoria o a la derrota. Una y otra tienen el mismo efecto: disuelven el grupo combatiente y con él el grupo contrincante. Suprimidos ambos la lucha se desvanece también y la sociedad retorna a la convivencia pacífica y unitaria. A nadie se le ocurre perpetuar los grupos hostiles ni el temple mismo de hostilidad después de la victoria o la derrota.

La exigencia de los «partidos», en el sentido contemporáneo de la palabra, supone una interpretación de la vida social muy distinta de la que lleva a esas transitorias agrupaciones de combate. Si en éstas lo substancial era el deseo sinceramente sentido de obtener tal o cual ventaja y sólo en vista de él se agrupaban los hombres y luchaban, en el «partido» lo substancial era el «partido» mismo. Se quiere que la sociedad esté normalmente escindida en grupos, haya o no pretexto para ello. Cuando no lo hay, se inventa. Es preciso nutrir el partido refrescando su

programa bélico. Se considera que la lucha es la forma esencial de la convivencia entre los hombres.

Cualesquiera sean los antecedentes y gérmenes de ella, parece cierto que hasta el siglo XIX no surge la idea de que la historia está constituida por una lucha perenne. Tal vez Guizot es el primer pensador que habla formalmente de la lucha de clases como motor radical del proceso histórico. Hasta entonces había parecido ésta una anormalidad tan frecuente como lamentable, pero siempre algo adventicio y en modo alguno substancial con la convivencia humana. La contienda permanente tenía lugar sólo entre sociedades separadas—ciudades, pueblos, estados—y era, por lo mismo, síntoma de insocialidad. Para el griego y el romano la sociedad se presenta bajo la especie de ciudad y la ciudad bajo la especie de ayuntamiento entre antiguos enemigos, de acuerdo para vivir juntos, en paz y unitariamente (el *synoikismos*). De aquí que para ellos el prototipo de la anormalidad civil era precisamente la lucha civil.

Sin duda, la lucha intestina es un he-

cho frecuentísimo a lo largo del pasado humano. Por lo mismo, sorprende ver la diferente reacción ante él de unas y otras épocas. Las anteriores lo interceptaban como una desdicha y «en consecuencia», como algo anómalo y accidental. El siglo XIX, por el contrario, alardea de no hacerse ilusiones, de tomar la realidad según ella es. Pero esto le lleva primero a un prurito pesimista. Del accidente desdichado hará la substancia misma. La sociedad será, en su propia esencia, lucha y nada más que lucha. Convivir es pelear—franca o artificiosamente—. Parejamente los psicólogos de entonces intentaban convencernos de que la percepción del mundo exterior consistía en una alucinación consuetudinaria. En vista de que a menudo erramos, consideraban la verdad como un error habitual. Y así todo.

A este pesimismo en la concepción de la realidad siguió un cinismo similar en la moral. Puesto que la vida social es constitutivamente lucha—se dijo—dediquémonos todos de manera concienzuda a luchar. Neguemos el derecho de hacer otra cosa. Y como la lucha necesita de grupos beligerantes, hagamos de éstos la forma substantiva de existencia humana. Lo más importante del mundo será el partido, la organización sobrein-

Cancionero Infantil

Levántate, Carmencita!

= Envío del autor. =

(A la diablilla de casa.)

*Levántate, Carmencita,
mira que ya viene el alba.*

*¿No oyes las panderetas
de la mañana?*

*—¿Qué son esas panderetas?
—Son las carretas, en marcha.*

*Levántate, Carmencita,
mira que el sol se levanta:*

*¿no oyes muchas cornetas
anunciando la mañana?*

*—¿Y qué son esas cornetas?
—Pues son los gallos, que cantan.*

*Levántate, Carmencita,
mira que ya viene el alba:
que te va a encontrar durmiendo
el rey que por todo anda.*

*—¿Y cuál es el rey, papá?
—Es el sol, que todo aclara.*

*Levántate, Carmencita,
porque ya despunta el alba:
el sol está ya jugando
con su rosada baraja.*

*—¿Pero cuáles son las cartas?
—Son las nubes sonrosadas.*

*Levántate, Carmencita,
porque, oye, viene el alba:
ya los duendes en el aire
se están lavando la cara.*

*—¿Y cuáles son esos duendes?
—Los pajaritos que cantan.*

*Levántate, Carmencita,
ya te está llamando el alba;
está mandando recados
que parece que a ti manda.*

*—¿Qué dicen esos recados?
—Son rayos, que se adelantan.*

*Ven y asómate a la puerta
para que veas el alba:
están lanzando juguetes
para ver quién se los gana.*

*—¿De veras?, ¿cuáles juguetes?
—Pues las cosas, que se aclaran!*

*Levántate, y ves los campos
también mostrando las cartas,
jugando a las cartas vistas
jugando con toda el alma.*

*— Y juegan a cartas vistas?
—Así juegan, y así ganan!*

*Todo en torno Carmencita,
se aviva con la alborada:
levántate y que los vientos
te bañen del agua clara
que cae como un rocío
y que sin sentirlo baña,
y que viene de los cielos
a despertar cosas y almas!*

Rafael Estrada

San José, Costa Rica, 1931.